

Lavinia SIMILARU  
(Universitatea din Craiova)

## La belleza en *Marianela* de Benito Pérez Galdós

**Abstract:** (The beauty in *Marianela* by Benito Pérez Galdós). Throughout history, the beauty has always been the object of contemplation, of admiration, amazement, of desire, but also a time for reflection. Beauty is the most constant human obsession. At all times, human beings have adored the beauty and have been intrigued by it. The history of mankind is also the history of beauty. There is no great writer who hasn't written any phrase about beauty. Umberto Eco in the introduction of his essay *Storia della Bellezza* warns that beauty is not absolute or unchanging, has changed faces depending on the season, and often has coexisted even several models of beauty. Many centuries the beauty was associated with virtue, a person virtuous was also, in the spirit of Plato's philosophy. In the world of ideas, truth, beauty and goodness are linked. This concept formed the basis of the neo-platonic thought thinking and survived over the centuries; echoes of it you will find in the replicas of Paul, in *Marianela* by Benito Pérez Galdós: the protagonist said that beauty is "the radiance of the goodness and truth". But Galdós deviates from this conception, since *Marianela*, its protagonist, has all the virtues, but it is not beautiful. For being ugly, *Marianela* loses the love of Paul and the possibility of having a full life. There is no doubt that beauty is the theme of this novel of Galdós.

**Keywords:** beauty, Spanish literature, *Marianela*, Benito Pérez Galdós

**Resumen:** A lo largo de la historia, la belleza ha sido siempre objeto de contemplación, de admiración, de asombro, de deseo, pero también de reflexión. La belleza es la más constante obsesión humana. En todas las épocas, los seres humanos han adorado la belleza y se han mostrado intrigados por ella. La historia de la humanidad es también la historia de la belleza. No existe gran escritor que no haya escrito alguna frase sobre la belleza. Umberto Eco en la introducción de su ensayo *Storia della bellezza* advierte que la belleza no es absoluta o inmutable, ha cambiado de rostro según la época, y a menudo han coexistido varios modelos de belleza. Muchos siglos la belleza estuvo relacionada con la virtud, una persona bella era también virtuosa, en el espíritu de la filosofía de Platón. En el mundo de las ideas, la Verdad, la Belleza y el Bien están vinculados. Esta concepción constituyó la base del pensamiento neoplatónico, y sobrevivió a lo largo de los siglos; ecos de ella encontramos en las réplicas de Pablo, en *Marianela* de Benito Pérez Galdós: el protagonista dice que la belleza es "el resplandor de la bondad y de la verdad". Pero Galdós se aparta de esta concepción, ya que *Marianela*, su protagonista, tiene todas las virtudes, pero no es bella. Por ser fea, *Marianela* pierde el amor de Pablo y la posibilidad de tener una vida plena. No cabe duda de que la belleza es el tema de esta novela de Galdós.

**Palabras clave:** belleza, literatura española, *Marianela*, Benito Pérez Galdós

### 1. La belleza en la historia y en la cultura

La belleza es la más constante obsesión humana, perdura a través de la historia. En todas las épocas, los seres humanos han adorado la belleza y se han mostrado intrigados por ella. A lo largo de la historia, la belleza ha sido incesantemente objeto de contemplación, de admiración, de asombro, de deseo, pero también de reflexión. Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la búsqueda de la belleza –bajo todas sus formas– es el motor secreto que mueve el planeta. Los paisajes bellos, los objetos bonitos, los seres humanos guapos han sido eternamente los más anhelados. Las obras de arte son manifestaciones de la belleza, y son las más preciadas, en nuestra época se venden en subastas.

La historia de la humanidad es también la historia de la belleza. En este sentido se suele citar en primer lugar –y Umberto Eco en su *Storia della bellezza* sigue esta tradición– el ejemplo que nos ofrece la épica grecolatina: la mítica guerra de Troya. No cabe duda de que

Homero se tomó muchas licencias poéticas, y hoy en día es difícil discernir y separar nítidamente la metáfora de la realidad, pero es innegable que algo de los hechos narrados en la *Iliada* y los lugares tuvieron existencia real. Aquella remota guerra fue provocada por la belleza de Helena, y a ella nunca se le echó la culpa de nada. Se consideraba natural que la belleza de una mujer provocara tantos estragos, tantas muertes, y hasta la destrucción de una ciudad. Umberto Eco menciona también el episodio en que la belleza de la misma Helena paraliza el brazo del marido Menelao, y éste es incapaz de matarla, como deseaba.

El mismo papel de la belleza en la historia lo han destacado de una u otra manera hasta los más rigurosos historiadores, y los ejemplos de mujeres que influyeron las decisiones políticas a lo largo de la historia son numerosos: Cleopatra, Maria Walewska, Eva Perón...

Hasta un historiador serio como André Castelot –evocando a la amante polaca de Napoleón– se preguntaba cuántos ojos bonitos se habrán colocado de través a lo largo de la historia, para cambiarle el curso. Napoleón creó el efímero Ducado de Varsovia para darle gusto a Maria Walewska.

No existe gran escritor que no haya escrito alguna frase sobre la belleza. Los exégetas dicen que era el tema preferido de Shakespeare, y el gran dramaturgo inglés ya observó que lo bonito y lo feo son producto de la mente humana. Hay que destacar aquí un aspecto importante: el escritor había destacado ya la subjetividad del juicio humano. Lo que es bello para una persona, puede ser feo para otra.

Umberto Eco en la introducción de su ensayo advierte que la belleza no es absoluta o inmutable, y ha cambiado de rostro según la época, y a menudo han coexistido incluso varios modelos de belleza. El gran semiólogo italiano se divierte imaginando la visita de un marciano del próximo milenio a la Tierra, y preguntándose qué pensaría éste si viera los cuadros de Picasso, y leyera la descripción de una mujer atractiva en una novela de amor de la misma época. (Umberto Eco no explica sin embargo en qué lengua debería ser escrita esa novela, o quién se la traduciría al marciano).

En su “Storia della bellezza”, el semiólogo italiano apunta que los artistas, los poetas y los novelistas son los que se han encargado a través los siglos de dar testimonio de lo que consideraba bello cada época. Mientras los filósofos se han preguntado qué es la belleza. Es suficiente pensar en los templos en ruina y en las estatuas más o menos intactas que hemos heredado de la Antigüedad greco-latina para comprender que la reflexión sobre la belleza se remonta a los tiempos más antiguos. La simetría, la proporción y la armonía eran características muy estimadas por nuestros antepasados, constituyendo cánones de la belleza. Para Pitágoras, la belleza venía de las matemáticas. Platón, además de perfeccionar esta concepción de la belleza como armonía, elaborará otra, muy original, según la cual la belleza es una idea, de existencia independiente a la de las cosas bellas.

“...la belleza que se muestra en un cuerpo cualquiera es hermana de la que se encuentra en todos los otros. En efecto, si hay que buscar la belleza en general, sería una verdadera locura no creer que la belleza que reside en todos los cuerpos es una e idéntica”, escribe en “El banquete”. ([http://es.wikisource.org/wiki/El\\_banquete](http://es.wikisource.org/wiki/El_banquete)).

En el mundo, según Platón, la belleza es visible por todos, siendo una mera manifestación de la belleza verdadera, que reside en el alma, y a la que solo podemos acceder si nos adentramos en su conocimiento. En el mismo *Diálogo*, Platón dice un poco más adelante:

“una maravillosa belleza, la que era el objetivo de todos sus trabajos anteriores: belleza eterna, increada e impercedera, exenta de incremento y de disminución, belleza que no es bella en tal arte y fea en otra, bella por un concepto y fea por otro, bella en un sitio y fea en otro, bella para unos y fea para otros; belleza que no tiene nada sensible como en un rostro y unas manos ni nada corpóreo, que no es tampoco un discurso o una ciencia, que no reside en un ser diferente de ella misma, en un animal, por ejemplo, o en la Tierra o en el Cielo o en cualquier otra cosa, pero que existe eterna y absolutamente por ella misma y en ella misma, de la cual participan todas las demás bellezas, sin que su nacimiento ni su destrucción le aporten la menor disminución ni el menor incremento ni la modificación en nada.” ([http://es.wikisource.org/wiki/El\\_banquete](http://es.wikisource.org/wiki/El_banquete)).

En el mundo de las ideas, la Verdad, la Belleza y el Bien están vinculados. Esta concepción constituyó la base del pensamiento neoplatónico, y sobrevivió a lo largo de los siglos; ecos de ella encontramos en las réplicas de Pablo, en *Marianela* de Benito Pérez Galdós: el protagonista dice que la belleza es “el resplandor de la bondad y de la verdad”. (Galdós 2001, 122).

Después el estudio de la belleza se volvió una rama de la filosofía, llamada estética, e interesó a muchos filósofos preclaros, como Diderot, Kant, Hegel, Schopenhauer, Heidegger, o Russell.

Cervantes también concede un lugar importante a la belleza de la mujer en sus obras.

La primera cualidad de una mujer, para Cervantes, parece ser la belleza. Las heroínas de sus *novelas ejemplares* y de sus novelas son todas mujeres bellas. Pocas cualidades más se requerían a la mujer en la época, y Myriam Álvarez las enumera acertadamente: “Belleza, juventud, discreción y honestidad son las señas de identidad de la mujer del barroco” (Álvarez 2004, 176).

## 2. Benito Pérez Galdós

Es uno de los autores más queridos por los españoles, y más traducidos a otras lenguas, “es ciertamente, en la actualidad, uno de los autores más leídos y más comentados de toda la literatura española” (Canavaggio *et al.* 1995, 180); las *Historias de la literatura española* reconocen en él al escritor que “se ha convertido con el tiempo en nuestro máximo novelista después de Cervantes y, con ventajas y desventajas para uno y otros, comparable a Dickens, Balzac o Dostoiewski, sus contemporáneos” (Menéndez Peláez *et. al.* 2005, 337). Es “el verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española” (Del Río 1982, 295).

Si el escritor tuvo una vida sin acontecimientos llamativos, que atrajeran a los biógrafos, y siendo “descuidado en el vestir, humilde en la apariencia, callado en el trato social, podría haber pasado por uno de esos empleados o comerciantes modestos que tanto abundan en su obra” (Del Río 1982, 296). Fue un hombre sencillo, que cayó “en la tentación de escribir para el público”, como dice él mismo, en el discurso pronunciado al entrar en la Real Academia (<http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf>). Benito Pérez Galdós tiene la sabiduría, la resignación y la serenidad de Cervantes, a quien tanto admiraba. Pero los psicólogos saben que detrás de la aparente tranquilidad yacen grandes y peligrosas tormentas. Angel del Río observa: “Tanto su vida como su obra dejan la impresión de un espíritu sereno. Pero así como la crítica ha tardado en descubrir la complejidad de su novela bajo las apariencias del pretendido realismo, es posible que algún biógrafo penetrante descubra un día que bajo la superficie del hombre normal y silencioso había en Galdós un espíritu atormentado, turbado, inquieto, como dijo él alguna vez: «siempre he visto mis

convicciones obscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde» (Del Río 1982, 297). Describir tantos seres anormales o atormentados no es solamente cuestión de empatía, requiere compartir en cierta medida sus padecimientos. Ángel del Río concluye: “su serenidad [...] era de orden intelectual, artístico y conseguida nadie sabe a costa de qué luchas, esfuerzos y angustias interiores” (Del Río 1982, 298).

Fue un escritor muy fecundo, firmando setenta y siete novelas, y veintidós obras de teatro. Galdós fue reconocido como el incontestable cronista de la sociedad española del siglo XIX. Igual que Balzac en Francia, Galdós creó un mundo. Pero un mundo que era como un reflejo en el espejo del mundo real. Jacques Beyrie destaca:

“equivalente directo para España de Balzac, al que le unen vínculos decisivos, pasó su vida alimentando la ola torrencial de una producción de más de ciento diez volúmenes” (Canavaggio *et al.* 1995, 175).

Su concepción sobre la novela la expresó en “La sociedad presente como materia novelable”, su discurso de recepción en la Real Academia: “Imagen de la vida es la novela y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea y el lenguaje que es la marca de la raza, y las viviendas que son el signo de la familia, y la vestidura que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción” (<http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf>).

No podemos dejar de destacar que Galdós mismo habla de exactitud y de belleza. ¿Cómo dudar de que estuviera muy interesado en la belleza? La belleza de los paisajes, la belleza de las mujeres, la belleza artística eran objeto de sus eternas preocupaciones y búsquedas.

Benito Pérez Galdós fue atraído por el teatro, y escribió unas cuantas obras de teatro, pero pronto empezó a escribir novelas, y alcanzó la gloria como novelista.

En los *Episodios nacionales* se esforzó en desentrañar las raíces de la España de su tiempo para entenderla mejor y para explicarla a sus contemporáneos en un ambicioso proyecto que abarca cinco series de diez volúmenes cada una, salvo la última, que tiene sólo seis.

“La realidad de la historia y la fantasía del novelista se alían armoniosamente en los episodios galdosianos para ofrecer, con las naturales y justificables licencias, una imagen verosímil y aleccionadora de la España contemporánea; lo que Galdós inventa, se ajusta muy cabalmente al sucedido histórico: está a su servicio y lo complementa.” (Menéndez Peláez *et al.* 2005, 334).

### 3. *Marianela*

Esta novela, que escribió en 1878, don Benito Pérez Galdós la recordó siempre con mucha ternura. A ella y a la protagonista, una adolescente frágil y pura, casi una niña, con la que cualquier lector se identifica inevitablemente. Marianela, o Nela –puesto que ni siquiera nombre propio tiene– vive un amor imposible con el joven ciego a quien sirve de lazarillo. Pero, como apunta Francisco Caudet, “en torno a esta novela, y sobre todo en torno a Nela, personaje que no ha dejado de fascinar y conmover a los lectores y a los críticos y estudiosos, han ido surgiendo numerosos interrogantes.” (Caudet 2011, 12).

Nela es “criatura abandonada, sola, inútil, incapaz de ganar jornal, sin pasado, sin porvenir, sin abolengo, sin esperanza, sin personalidad, sin derecho a nada más que al sustento” (Galdós 2001, 102).

*Marianela* fue considerada novela de tesis, novela naturalista, se desentrañaron las posibles fuentes literarias y filosóficas, pero nunca se pudo poner en entredicho su inmenso valor literario.

No se puede negar la temática social de esta novela, Galdós destaca las lacras de la sociedad de su tiempo, que desampara a los necesitados. *Marianela* es huérfana, y vive de arrimada en casa de la familia Centeno, “la familia de piedra”, como la llama el autor mismo (Galdós 2001, 95). En esa casa hay sitio para mil objetos inútiles, pero no para *Marianela*, y los miembros legítimos de la familia se quejan siempre de tropezar con ella. La huérfana no tiene dónde dormir:

“La Nela, durante los largos años de su residencia allí, había ocupado distintos rincones, pasando de uno a otro conforme lo exigía la instalación de mil objetos que no servían sino para robar a los seres vivos su último pedazo de suelo habitable. En cierta ocasión (no conocemos la fecha con exactitud), Tanasio, que era tan imposibilitado de piernas como de ingenio, y se había dedicado a la construcción de cestas de avellano, puso en la cocina, formando pila, hasta media docena de aquellos ventrudos ejemplares de su industria. Entonces la de la Canela volvió tristemente sus ojos en derredor, sin hallar sitio donde albergarse; pero la misma contrariedad sugirióle repentina y felicísima idea, que al instante puso en ejecución. Metiose bonitamente en una cesta, y así pasó la noche en fácil y tranquilo sueño. Indudablemente aquello era bueno y cómodo: cuando tenía frío, tapábase con otra cesta. Desde entonces, siempre que había garrotes grandes, no careció de estuche en que encerrarse. Por eso decían en la casa: «Duerme como una alhaja.»” (Galdós 2001, 95).

La familia comía, y la arrimada se quedaba mirando, sin atreverse a pedir un trozo de pan:

“Durante la comida, y entre la algazara de una conversación animada sobre el trabajo de la mañana, oíase una voz que bruscamente decía: «Toma». La Nela recogía una escudilla de manos de cualquier Centeno grande o chico, y se sentaba contra el arca a comer sosegadamente. También solía oírse al fin de la comida la voz áspera y becerril del señor Centeno diciendo a su esposa en tono de reconvencción: «Mujer, que no has dado nada a la pobre Nela». A veces acontecía que la Señana (este nombre se había formado de señora Ana) moviera la cabeza para buscar con los ojos, por entre los cuerpos de sus hijos, algún objeto pequeño y lejano, y que al mismo tiempo dijera: «Pues qué, ¿estaba ahí? Yo pensé que también hoy se había quedado en Aldeacorba.»” (Galdós 2001, 95).

Señana piensa que el bodrio miserable que le da a Nela la convierte a ella en una santa, cree “firmemente que su generosidad rayaba en heroísmo. Repetidas veces dijo para sí al llenar la escudilla de la Nela: -¡Qué bien me gano mi puestecico en el cielo!” (Galdós 2001, 102). El autor observa con ironía amarga:

“Y lo creía como el Evangelio. En su cerrada mollera no entraban ni podían entrar otras luces sobre el santo ejercicio de la caridad; no comprendía que una palabra cariñosa, un halago, un trato delicado y amante que hicieran olvidar al pequeño su pequeñez, al miserable su miseria, son heroísmos de más precio que el bodrio sobrante de una mala comida.” (Galdós 2001, 102).

El mismo tipo de “caridad” practican las señoras acomodadas, como Sofía, la cuñada del médico Teodoro Golfín. Se trata –como observa el mismo médico–, de “una sociedad que no sabe ser caritativa sino bailando, toreando y jugando a la lotería...” (Galdós 2001, 142).

Teodoro Golfín tiene unas ideas muy claras sobre la sociedad ideal, unas ideas teñidas de entusiasmo y de utopía, hay que admitirlo: “El problema de la orfandad y de la miseria infantil no se resolverá nunca en absoluto, como no se resolverán tampoco sus compañeros los demás problemas sociales; pero habrá un alivio a mal tan grande cuando las costumbres, apoyadas por las leyes... por las leyes; ya veis que esto no es cosa de juego,

establezcan que todo huérfano, cualquiera que sea su origen... no reírse... tenga derecho a entrar en calidad de hijo adoptivo en la casa de un matrimonio acomodado que carezca de hijos. Ya se arreglarían las cosas de modo que no hubiera padres sin hijos, ni hijos sin padres” (Galdós 2001, 145). No duda en criticar con vehemencia a su hermano y a su cuñada y a los de su condición por su caridad hipócrita e inútil:

“Estáis viendo delante de vosotros, al pie mismo de vuestras cómodas casas, a una multitud de seres abandonados, faltos de todo lo que es necesario a la niñez, desde los padres hasta los juguetes... les estáis viendo, sí... nunca se os ocurre infundirles un poco de dignidad, haciéndoles saber que son seres humanos, dándoles las ideas de que carecen; no se os ocurre ennoblecerles, haciéndoles pasar del bestial trabajo mecánico al trabajo de la inteligencia; les veis viviendo en habitaciones inmundas, mal alimentados, perfeccionándose cada día en su salvaje rusticidad, y no se os ocurre extender un poco hasta ellos las comodidades de que estáis rodeados... ¡Toda la energía la guardáis luego para declamar contra los homicidios, los robos y el suicidio, sin reparar que sostenéis escuela permanente de estos tres crímenes!” (Galdós 2001, 144).

Es inolvidable la descripción del trabajo duro de los mineros en *Marianela*:

“También afuera las mulas habían sido enganchadas a los largos trenes de vagones. Veíaselas pasar arrastrando tierra inútil para verterla en los taludes, o mineral para conducirlo al lavadero. Cruzábanse unos con otros aquellos largos reptiles, sin chocar nunca. Entraban por la boca de las galerías, siendo entonces perfecta su semejanza con los resbaladizos habitantes de las húmedas grietas, y cuando en las oscuridades del túnel relinchaba la indócil mula, creeríase que los saurios disputaban chillando. Allá en lo último, en las más remotas cañadas, centenares de hombres golpeaban con picos la tierra para arrancarle, pedazo a pedazo, su tesoro. Eran los escultores de aquellas caprichosas e ingentes figuras que permanecían en pie, atentas, con gravedad silenciosa, a la invasión del hombre en las misteriosas esferas geológicas. Los mineros derrumbaban aquí, horadaban allá, cavaban más lejos, rasguñaban en otra parte, rompían la roca cretácea...” (Galdós 2001, 106).

Nela es despreciada por la familia Centeno, que le ofrece el miserable alojamiento y la comida mezquina que se ha visto. La desprecian porque ella es demasiado débil, y no puede trabajar, no sirve para el trabajo duro de las minas, y por eso es tratada con desdén y es ofendida sin cesar, todos los miembros de la familia le recuerdan continuamente que ella no sirve para nada, es solamente un estorbo. Galdós nos asegura que en la casa de la familia Centeno “a menudo se oía: «¡Que no he de dar un paso sin tropezar con esta condenada Nela!...» También se oía esto: «Vete a tu rincón... ¡Qué criatura! Ni hace ni deja hacer a los demás.»” (Galdós 2001, 95).

Nela se dedica a acompañar a Pablo, un joven acomodado, y bello como una estatua griega “un joven, estatua del más excelso barro humano, grave, derecho, con la cabeza inmóvil y los ojos clavados y fijos en sus órbitas, como lentes expuestos en un muestrario. Su cara parecía de marfil, contorneada con exquisita finura; mas teniendo su tez la suavidad de la de una doncella, era varonil en gran manera, y no había en sus facciones parte alguna ni rasgo que no tuviese aquella perfección soberana con que fue expresado hace miles de años el pensamiento helénico” (Galdós 2001, 109). Pero no hay duda de que “...la ceguera del protagonista es mucho más que un simple defecto físico” (Alvar *et al.* 2007, 531).

El joven Pablo es amable con Nela, es el único que le habla con dulzura, y la trata como a un ser humano. La pobre Nela le describe a Pablo las flores y los árboles, la luna y las estrellas que él no puede ver, y le confiesa lo que siente:

“Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las hermosuras de la tierra.” (Galdós 2001, 118).

Durante sus paseos por el campo, Pablo asegura a Nela que está enamorado de ella:

“El joven, palpitante y conturbado, la abrazó más fuerte diciéndole al oído: -Te quiero más que a mi vida. Ángel de Dios, quíereme o me muero” (Galdós 2001, 125).

La llegada del médico Teodoro Golfín al pueblo le da a Pablo esperanzas de poder ver, y, muy feliz, le promete a Marianela casarse con ella:

“Chiquilla mía, juro por la idea de Dios que tengo dentro de mí, clara, patente, inmutable, que tú y yo no nos separaremos jamás por mi voluntad. Yo tendré ojos, Nela, tendré ojos para poder recrearme en tu celestial hermosura, y entonces me casaré contigo. ¡Serás mi esposa querida... serás la vida de mi vida, el recreo y el orgullo de mi alma!” (Galdós 2001, 133).

También piensa en la posibilidad de un fracaso de la operación, y en este caso tiene las mismas intenciones:

“Y si Dios no quiere otorgarme ese don [...] tampoco te separarás de mí, también serás mi mujer, a no ser que te repugne enlazarte con un ciego. No, no, chiquilla mía, no quiero imponerte un yugo tan penoso. Encontrarás hombres de mérito que te amarán y que podrán hacerte feliz. Tu extraordinaria bondad, tus nobles prendas, tu seductora belleza, que ha de cautivar los corazones y encender el más puro amor en cuantos te traten, asegurante un porvenir risueño. Yo te juro que te querré mientras viva, ciego o con vista, y que estoy dispuesto a jurarte delante de Dios un amor grande, insaciable, eterno.” (Galdós 2001, 133).

Marianela está profundamente enamorada de Pablo, y no puede dejar de ilusionarse. Por un momento sueña con convertir en realidad todas aquellas promesas. Pero mientras el otoño avanza y la naturaleza se tiñe de tristeza, Marianela perderá sus ilusiones. Los hermanos Penáguilas, el padre y el tío de Pablo, han decidido casar a sus hijos, Pablo se tiene que casar con su prima Florentina, una joven bella, virtuosa y generosa, muy buena cristiana. Florentina llega con su padre para acompañar a Pablo durante los días de convalecencia. La primera vez que la ve, Marianela la confunde con la Virgen María. Pero pronto comprende que es su rival. La rival que le quitará a Pablo, y acabará casándose con él.

Florentina desea ayudar a Nela, pero el amor que Nela siente por Pablo hace que la huérfana rechace la hospitalidad de Florentina, a pesar de que sus intenciones eran las mejores: “yo quiero socorrer a la Nela, no como se socorre a los pobres que se encuentran en un camino, sino como se socorrería a un hermano que nos halláramos de manos a boca... ¿No dices tú que ella ha sido tu mejor compañera, tu lazarillo, tu guía en las tinieblas? ¿No dices que has visto con sus ojos y has andado con sus pasos? Pues la Nela me pertenece; yo me entiendo con ella. Yo me encargo de vestirla, de darle todo lo que una persona necesita para vivir decentemente, y le enseñaré mil cosas para que sea útil en una casa. Mi padre dice que quizás, quizás me tenga que quedar a vivir aquí para siempre. Si es así, la Nela vivirá conmigo; conmigo aprenderá a leer, a rezar, a coser, a guisar; aprenderá tantas cosas, que será como yo misma” (Galdós 2001, 183).

Francisco Caudet tiene razón en afirmar que *Marianela* plantea “una sociedad cortada por el patrón patriarcal” (Caudet 2011, 36), y al final, “en Aldeacorba no vence la ciencia, ni la justicia, ni la libertad, ni siquiera la caridad. Vence el patriarcado, una forma primitiva de poder y de vasallaje” (Caudet 2011, 36).

#### 4. La belleza en *Marianela*

El joven Pablo es incapaz de apreciar en primer lugar su propia belleza, y después la belleza que le rodea. Éste es su retrato:

“Un soplo, un rayo de luz, una sensación bastarían para animar la hermosa piedra, que teniendo ya todas las galas de la forma, carecía tan sólo de la conciencia de su propia belleza, la cual emana de la facultad de conocer la belleza exterior.” (Galdós 2001, 109).

La belleza es sin duda el tema de esta novela que narra la historia de la Nela, la adolescente de 16 años, que parece tener 12:

“Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspondiendo a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente constituido. Era como una jovencuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo en que ha entrado o debido entrar el juicio. A pesar de esta desconformidad, era admirablemente proporcionada, y su pequeña cabeza remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien decía que era una mujer mirada con vidrio de disminución; alguno que era una niña con ojos y expresión de adolescente. No conociéndola, se dudaba si era un asombroso progreso o un deplorable atraso.” (Galdós 2001, 87).

Marianela es consciente de su fealdad, y sufre enormemente por eso. Sabe que, si Pablo puede ver, dejará de quererla. Se lo reprocha a la Virgen María:

“Madre de Dios y mía, ¿por qué no me hiciste hermosa? ¿Por qué cuando mi madre me tuvo no me miraste desde arriba?... Mientras más me miro más fea me encuentro. ¿Para qué estoy yo en el mundo?, ¿para qué sirvo?, ¿a quién puedo interesar?, a uno solo, Señora y madre mía, a uno solo que me quiere porque no me ve. ¿Qué será de mí cuando me vea y deje de quererme?... porque ¿cómo es posible que me quiera viendo este cuerpo chico, esta figurilla de pájaro, esta tez pecosa, esta boca sin gracia, esta nariz picuda, este pelo descolorido, esta persona mía que no sirve sino para que todo el mundo le dé con el pie. ¿Quién es la Nela? Nadie. La Nela sólo es algo para el ciego. Si sus ojos nacen ahora y los vuelve a mí y me ve, caigo muerta... Él es el único para quien la Nela no es menos que los gatos y los perros. Me quiere como quieren los novios a sus novias, como Dios manda que se quieran las personas... Señora madre mía, ya que vas a hacer el milagro de darle vista, hazme hermosa a mí o mátame, porque para nada estoy en el mundo. Yo no soy nada ni nadie más que para uno solo...” (Galdós 2001, 169).

Pablo no es inculto, ya que su padre se dedica a leerle libros. Uno de estos libros parece ser el diálogo *El banquete* de Platón:

“Pues bien -añadió él- anoche leyó mi padre unas páginas sobre la belleza. Hablaba el autor de la belleza, y decía que era el resplandor de la bondad y de la verdad, con otros muchos conceptos ingeniosos y tan bien traídos y pensados, que daba gusto oírlos.” (Galdós 2001, 122).

Pablo ya tenía su propia concepción al respecto:

“Yo tenía una idea sobre esto -añadió el ciego con mucha energía- una idea con la cual estoy encariñado desde hace algunos meses. Sí, lo sostengo, lo sostengo... No, no me hacen falta los ojos para esto. Yo le dije a mi padre: «Concibo un tipo de belleza encantadora, un tipo que contiene todas las bellezas posibles; ese tipo es la Nela». Mi padre se echó a reír y me dijo que sí.” (Galdós 2001, 122).

Pablo parece considerar a Nela como arquetipo de la “belleza suprema” de Platón:

“...belleza eterna, increada e imperecedera, exenta de incremento y de disminución, belleza que no es bella en tal arte y fea en otra, bella por un concepto y fea por otro, bella en un sitio y fea en otro, bella para unos y fea para otros; belleza que no tiene nada sensible

como en un rostro y unas manos ni nada corpóreo, que no es tampoco un discurso o una ciencia, que no reside en un ser diferente de ella misma, en un animal, por ejemplo, o en la Tierra o en el Cielo o en cualquier otra cosa, pero que existe eterna y absolutamente por ella misma y en ella misma, de la cual participan todas las demás bellezas, sin que su nacimiento ni su destrucción le aporten la menor disminución ni el menor incremento ni la modificación en nada”. ([http://es.wikisource.org/wiki/El\\_banquete](http://es.wikisource.org/wiki/El_banquete)).

Pero no es cierto, Marianela es fea, y las palabras de Pablo la hieren:

“Sí, tú eres la belleza más acabada que puede imaginarse -añadió Pablo con calor-. ¿Cómo podría suceder que tu bondad, tu inocencia, tu candor, tu gracia, tu imaginación, tu alma celestial y cariñosa que ha sido capaz de alegrar mis tristes días; cómo podría suceder, cómo, que no estuviese representada en la misma hermosura?... Nela, Nela -añadió balbuciente y con afán-. ¿No es verdad que eres muy bonita?” (Galdós 2001, 122).

La pobre Marianela se queda sin palabras. Se coloca unas flores silvestres en el pelo, y se mira en el agua del estanque. Pablo la asegura tiernamente: “Tú no necesitas mirarte. Eres hermosa como los ángeles que rodean el trono de Dios” (Galdós 2001, 124).

Una vez más, Pablo reitera su concepción platónica: quien posee Bondad, tiene que poseer también Belleza:

“¡Oh!, miserable condición de los hombres -exclamó el ciego, arrastrado al absurdo por su delirante entendimiento-. El don de la vista puede causar grandes extravíos... aparta a los hombres de la posesión de la verdad absoluta... y la verdad absoluta dice que tú eres hermosa, hermosa sin tacha ni sombra alguna de fealdad. Que me digan lo contrario, y les desmentiré... Váyanse ellos a paseo con sus formas. No... la forma no puede ser la máscara de Satanás puesta ante la faz de Dios. ¡Ah!, ¡menguados!, ¡a cuántos desvaríos os conducen vuestros ojos! Nela, Nela, ven acá, quiero tenerte junto a mí y abrazar tu preciosa cabeza.” (Galdós 2001, 124).

Animada de esta manera, Marianela empieza a creer que podría ser bella. Y, llena de esperanza, se mira otra vez en el agua. “María se soltó de los brazos de Pablo, y este cayó en profunda meditación. A la fenomenal mujer una fuerza poderosa, irresistible, la impulsaba a mirarse en el espejo del agua. Deslizándose suavemente llegó al borde, y vio allá sobre el fondo verdoso su imagen mezquina, con los ojuelos negros, la tez pecosa, la naricilla picuda, aunque no sin gracia, el cabello escaso y la movable fisonomía de pájaro. Alargó su cuerpo sobre el agua para verse el busto, y lo halló deplorablemente desairado. Las flores que tenía en la cabeza se cayeron al agua, haciendo temblar la superficie, y con la superficie, la imagen. La hija de la Canela sintió como si arrancaran su corazón de raíz, y cayó hacia atrás murmurando:

-¡Madre de Dios!, ¡qué feísima soy!” (Galdós 2001, 125).

Pablo parece obsesionado por la belleza. Mientras está ciego se la imagina, y medita sobre ella, inspirado por las lecturas. Al final de la historia, Teodoro Golfín, el admirable médico, opera a Pablo, devolviéndole la vista. Pablo se cura de su ceguera, puede ver, y las primeras veces que el médico le quita un momento las vendas y le permite mirar el mundo exterior, está fascinado:

“Mi interior -dijo Pablo, explicando su impresión primera- está inundado de hermosura, de una hermosura que antes no conocía. ¿Qué cosas fueron las que entraron en mí llenándome de terror? La idea del tamaño, que yo no concebía sino de una manera imperfecta, se me presentó clara y terrible, como si me arrojaran desde las cimas más altas a los abismos más profundos. Todo esto es bello y grandioso, aunque me hace estremecer. Quiero ver repetidas esas sensaciones sublimes. Aquella extensión de hermosura que contemplé me ha dejado anonadado: era una cosa serena y majestuosamente inclinada hacia mí como para recibirme.” (Galdós 2001, 217).

Pablo contempla a las personas que están a su alrededor, y recurre una vez más a la concepción platónica: “Todos son buenas personas -dijo Pablo con gran candor-; pero mi prima a todos les lleva inmensa ventaja...” (Galdós 2001, 219). Los considera “buenas personas” porque le parecen bellos, y su prima Florentina es la más bella. Un poco antes le había deslumbrado, en el instante en que la veía por primera vez: “Es mi prima... Yo no tenía idea de una hermosura semejante... Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina. Prima mía, eres como una música deliciosa, eso que veo me parece la expresión más clara de la armonía... [...] ¡Florentina, Florentina! [...]¿Qué tienes en esa cara que parece la misma idea de Dios puesta en carnes? Estás en medio de una cosa que debe de ser el sol. De tu cara salen unos como rayos... al fin puedo tener idea de cómo son los ángeles... y tu cuerpo, tus manos, tus cabellos vibran mostrándome ideas preciosísimas...” (Galdós 2001, 218). La compara con los ángeles, como antes a Marianela.

Más tarde le dirá que es un ideal de belleza: “Eres un tipo perfecto de hermosura; no hay más allá, no puede haberlo...” (Galdós 2001, 221). Y también: “Bendito sea Dios que te crió, mujer hechicera, compendio de todas las bellezas...” (Galdós 2001, 223). Se quitará las vendas sin permiso del médico, no pudiendo contener su impaciencia de ver a Florentina: “No, no me importa quedarme ciego otra vez después de haberte visto” (Galdós 2001, 232).

Al adquirir el don de la vista, Pablo cambia de opinión, y se burla de sus antiguas creencias: “Ahora me río yo -añadió él- de mi ridícula vanidad de ciego, de mi necio empeño de apreciar sin vista el aspecto de las cosas... Creo que toda la vida me durará el asombro que me produjo la realidad... ¡La realidad! El que no la posee es un idiota... Florentina, yo era un idiota” (Galdós 2001, 221). Más tarde exclamará: “¡Viva la realidad!...” (Galdós 2001, 223).

Ahora el joven compara sus vivencias con la hazaña de Cristóbal Colón, y tiene la sensación de haber descubierto un Nuevo Mundo:

“Prima mía, mi padre me ha leído aquel pasaje de nuestra historia, cuando un hombre llamado Cristóbal Colón descubrió el Mundo Nuevo, jamás visto por hombre alguno de Europa. Aquel navegante abrió los ojos del mundo conocido para que viera otro más hermoso. No puedo figurármelo a él sino como a un Teodoro Golfín, y a la Europa como a un gran ciego para quien la América y sus maravillas fueron la luz. Yo también he descubierto un Nuevo Mundo. Tú eres mi América, tú eres aquella primera isla hermosa donde puso su pie el navegante. Faltóle ver el continente con sus inmensos bosques y ríos. A mí también me quedará por ver quizás lo más hermoso...” (Galdós 2001, 220).

Pablo aprende a valorar la belleza de las cosas y de los seres humanos; también toma conciencia de su propia belleza, cuando le traen un espejo:

“Este soy yo... -dijo con loca admiración-. Trabajo me cuesta el creerlo... ¿Y cómo estoy dentro de esta agua dura y quieta? ¡Qué cosa tan admirable es el vidrio! Parece mentira que los hombres hayan hecho esta atmósfera de piedra... Por vida mía que no soy feo... ¿no es verdad, prima?” (Galdós 2001, 220).

Mientras tanto, Marianela había intentado suicidarse, y no quería que Pablo la viera, intuyendo que la aborrecerá por su fealdad física. Teodoro Golfín, adivinando sus sentimientos, la recogerá y la llevará a casa de Pablo, donde la cuidará Florentina. Pablo entrará y, sin observar a Marianela en la cama, le dirá a Florentina:

“Florentina, yo creí que no podía quererte; yo creí posible querer a otra más que a ti... ¡Qué necedad! Gracias a Dios que hay lógica en mis afectos... Mi padre, a quien he

confesado mis errores, me ha dicho que yo amaba a un monstruo... Ahora puedo decir que idolatro a un ángel. El estúpido ciego ha visto ya y al fin presta homenaje a la verdadera hermosura...” (Galdós 2001, 233).

Inmediatamente después se da cuenta de la otra presencia, y mirará con curiosidad a la muchacha recogida. Al tocar su mano, la reconocerá. En aquel instante Pablo comprende que estaba muy equivocado, al asociar la bondad a la belleza física, a la manera de Platón:

“Pasaron por su mente ideas mil; mas no pudo expresar ninguna. Era preciso para ello que hubiera descubierto un nuevo lenguaje, así como había descubierto dos nuevos mundos, el de la luz, y el del amor por la forma. No hacía más que mirar, mirar y hacer memoria de aquel tenebroso mundo en que había vivido, allá donde quedaban perdidos entre la bruma sus pasiones, sus ideas y sus errores de ciego.” (Galdós 2001, 234).

Pablo se olvida de todas las promesas de amor que había hecho antes a Marianela, prefiriendo a su prima Florentina, por ser una joven muy bella.

## Referencias bibliográficas

- Alvar, Carlos, Mainer, José Carlos, Navarro Rosa. 2007. *Breve historia de la literatura española*. Madrid: Alianza editorial.
- Castelot, André. 2008. *Napoléon*. Paris: Perrin.
- Álvarez, Myriam. 2004. “El contexto histórico y el tratamiento de la mujer”, in Alicia Villar Lecumberri (ed.), *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de cervantistas*, II, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, p. 165-178.
- Canavaggio, Jean (coord.). 1995. *Historia de la literatura española*, Tomo V, *El siglo XIX*. Traducción del francés de Juana Bignozzi. Barcelona: Ariel. Traducción del francés de Juana Bignozzi.
- Caudet, Francisco. 2011. “Introducción”, in Benito Pérez Galdós, *Marianela*. Madrid: Cátedra, Letras hispánicas, p. 9-62.
- Del Río, Angel. 1982. *Historia de la literatura española*, Barcelona: Bruguera, volumen 2.
- Eco, Umberto. 2004. *Storia della bellezza*. Milano: Bompiani.
- Menéndez Peláez, Jesus, Arellano, Ignacio, Caso González, José M., Caso Machicado, María Teresa, Martínez Cachero, J.M. 2005. *Historia de la literatura española*, León: Everest, volumen III.
- Pérez Galdós, Benito. 2011. *Marianela*, Madrid: Cátedra, Letras hispánicas.
- Platón, *El banquete*, trad. de Patricio de Azcárate [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_banquete](http://es.wikisource.org/wiki/El_banquete)
- Pérez Galdós, Benito. *La sociedad presente como materia novelable*  
<http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf>